25 FASCÍCULOS ▶ 1940 | 1950 | 1960 | 1970 | 1980 | 1990 | 2000

historiareciente

abril '07

02/25

DESDE HIROSHIMA A LAS TORRES GEMELAS

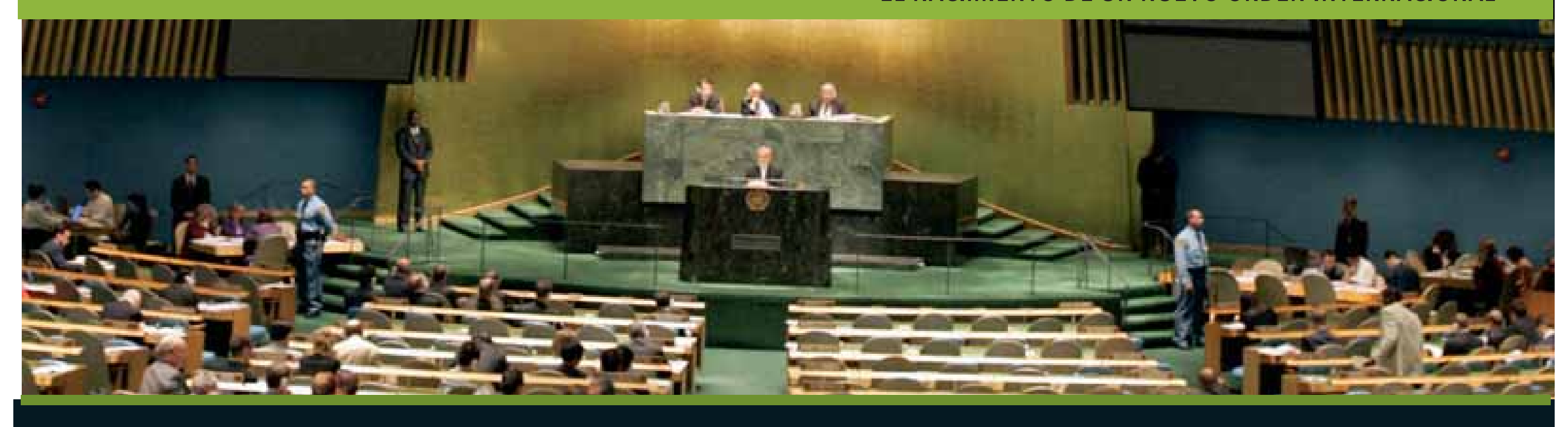
EL PAIS



DE LA CARTA DEL ATLÁNTICO A LA FUNDACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS



EL NACIMIENTO DE UN NUEVO ORDEN INTERNACIONAL



La difícil construcción de la paz

02/25



LA DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

EL 10 DE DICIEMBRE DE 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La Declaración era presentada como un "ideal común por el que todos los pueblos y naciones deben esforzarse", para evitar que vuelvan a ser posibles "actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad".

Algunos de sus artículos son los siguientes:

Artículo 1

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 2

1. Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. (…)

Artículo 3

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Artículo 4

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Artículo 5

Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes. (…)

Artículo 9

Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 10

Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

Artículo 11

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad, conforme a la ley y en juicio público en el que se le hayan asegurado todas las garantías necesarias para su defensa. (…)

Artículo 13

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país. (…)

Artículo 17

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.

2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

Artículo 18

Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia.

Artículo 19

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión.

Artículo 20

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.

2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

Artículo 21

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.

2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.

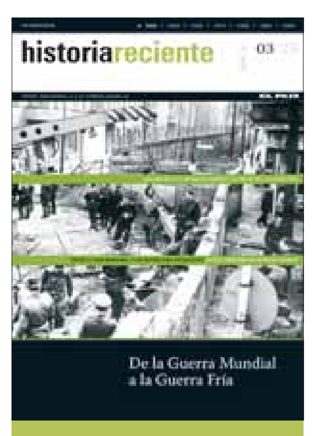
3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

Artículo 26

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.

2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos, y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos. ■



PRÓXIMO FASCÍCULO

03/25

De la Guerra Mundial a la Guerra Fría

historiareciente

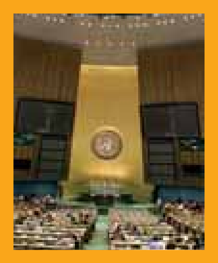
ÍNDICE DEL FASCÍCULO

La difícil construcción de la paz

RECUADROS



La Asamblea General de las Naciones Unidas fue el escenario de grandes batallas políticas durante la Guerra Fría.



INTRODUCCIÓN

A medida que se aproximaba la victoria, se resquebrajaba la unidad de los países que luchaban contra Hitler. Una gran fractura separaba a la Unión Soviética de los aliados occidentales, pero también había tensiones entre británicos y estadounidenses. Mientras en el campo de batalla se peleaba codo a codo, los dirigentes tenían crecientes dificultades para entenderse.

Todos tenían algo en común, que era la preocupación por no repetir los errores cometidos a fines de la Primera Guerra Mundial. Aquella guerra feroz no había conducido a una paz duradera. Solo veinte años después del armisticio de 1918, el mundo había asistido al fortalecimiento de Hitler y al estallido de un conflicto aun más generalizado y sangriento. Cuanto más cerca estaba el final de la Segunda Guerra, más importancia adquiría ese precedente. El inmenso sacrificio de vidas que había requerido la lucha contra el nazismo reclamaba que esta vez se llegara a una paz sostenible.

Pero si bien nadie quería repetir errores, no era fácil encontrar un camino alternativo. Eso se debía en parte a que no todos veían las cosas de la misma manera, pero sobre todo se debía a que las dirigencias aliadas enfrentaban una tarea

1945.~

[...] Entre 1941 y 1945 se sucedió una larga serie de reuniones, encuentros y negociaciones que fueron conformando el mundo en el que vivimos. De esos diálogos y enfrentamientos surgieron algunas instituciones decisivas para nuestra época, como las Naciones Unidas y el Fondo Monetario Internacional. Fue un inmenso juego de ajedrez que tuvo por tablero al planeta.

gigantesca: construir un nuevo equilibrio de poder entre los principales países del planeta.

Entre 1941 y 1945 se sucedió una larga serie de reuniones, encuentros y negociaciones que fueron conformando el mundo en el que vivimos. De esos diálogos y enfrentamientos surgieron algunas instituciones decisivas para nuestra época, como las Naciones Unidas y el Fondo Monetario Internacional. De esos choques y discusiones también nació un mundo bipolar, organizado en torno a dos potencias que se disputaban áreas de influencia.

Entender esa larga serie de encuentros y desencuentros exige la misma clase de análisis que hacemos para comprender la actualidad política. Aquel era un tiempo excepcional en el que ocurrían cosas excepcionales, pero ya era el mundo que conocemos. Para entender cómo actuaban los líderes de la posguerra, tenemos que considerar sus propósitos e intereses como si fueran los nuestros. ■


Winston Churchill

La difícil construcción de la paz

MIENTRAS SE ACERCABA EL FINAL DE LA GUERRA, dos ideas tomaban fuerza entre los enemigos de Hitler. La primera era que el mundo ya no volvería a ser el de antes. El intento nazi de resucitar el Reich alemán tenía los días contados. El Imperio Británico iba camino a su desaparición y Francia enfrentaba crecientes desafíos en sus colonias. Al mismo tiempo, el planeta asistía al nacimiento de dos nuevas potencias militares y económicas: Estados Unidos y la Unión Soviética.

La segunda idea predominante era evitar repetir la historia. El armisticio de 1918 había enseñado que una cosa es ganar la guerra y otra construir la paz. Tal como se veían las cosas entonces, al final de la Primera Guerra Mundial se habían cometido dos errores. El primero había sido aceptar la rendición de Alemania demasiado rápido, es decir, antes de que el país fuera invadido y que su población sintiera la derrota. Eso fue usado por agitadores como Hitler para decir que los alemanes no habían sido vencidos militarmente en 1918, sino traicionados por el gobierno revolucionario de la época. El segundo error había consistido en imponer condiciones demasiado duras a los vencidos. Eso había impedido su recuperación económica y había generado turbulencias políticas.

Para no repetir esa combinación de errores, los aliados occidentales optaron tempranamente por una estrategia que mezclaba la dureza en la guerra con el espíritu constructivo en la paz. Por una parte establecieron la doctrina de la rendición incondicional, especialmente impulsada por el primer ministro británico Winston Churchill: la guerra no debía terminar hasta que Alemania fuera incapaz de poner condiciones. Era importante que esta vez los alemanes tuvieran claro que habían sido totalmente derrotados. Eso aumentaría el costo en vidas a corto plazo, pero lo reduciría en el largo porque haría menos probable un nuevo conflicto.

Por otro lado, iba a ser necesario tratar con mesura a los vencidos y, sobre todo, imaginar un nuevo orden internacional que asegurara la paz. El presidente estadounidense Franklin Roosevelt, que había asistido personalmente a las negociaciones de Versalles, se propuso poner en práctica esta idea con verdadera urgencia. Así lo hizo saber en un discurso dicho ante el Congreso de su país: “Esta vez no tenemos que cometer el error de esperar hasta el fin de la guerra para poner en marcha la maquinaria de la paz. Esta vez, al mismo tiempo que combatimos juntos para terminar rápidamente la guerra, tenemos que trabajar juntos para asegurarnos de que no vuelva a ocurrir”.

LA CARTA DEL ATLÁNTICO

El primer paso hacia la construcción de un nuevo orden internacional se dio en agosto de 1941, cuando Churchill y Roosevelt se encontraron secretamente en las costas de Terranova. Los dos gobernantes llegaron a ese encuentro con preocupaciones muy diferentes. Churchill quería defender la integridad del Imperio Británico, pero al mismo tiempo sabía que no podía ganar la guerra solo y necesitaba desesperadamente el apoyo de Estados Unidos. Roosevelt estaba dispuesto a involucrarse en la guerra, pero no a cambio de nada. Y uno de sus instintos políticos básicos era el rechazo a los viejos imperios europeos. Por eso quería servirse de la situación para sentar las bases de lo que sería el mundo posterior a la guerra: un mundo que él prefería libre de imperios militarizados y con un fuerte liderazgo de Estados Unidos a través de instituciones internacionales.

Roosevelt y Churchill llegaron al punto de encuentro en barcos de guerra y negociaron durante varios días trasladándose de una nave a otra. El resultado de las conversaciones fue un documento dado a conocer el 14 de agosto de 1941, que se conoce como Carta del

Atlántico. En la Carta, los firmantes se comprometen a trabajar por el desarme, a frenar toda agresión de una nación sobre otra y a fomentar la cooperación y el bienestar social. Pero el documento contiene además algunos principios que en los hechos significaban el acta de defunción del Imperio Británico. En lo político, los firmantes renunciaban a conquistar territorios, reconocían el derecho a la autodeterminación de los pueblos y afirmaban que los cambios de límites entre países solo pueden hacerse con el consentimiento de las poblaciones implicadas. (Churchill sostendría más tarde que estos principios solo se aplicaban a los países europeos sometidos a la amenaza nazi, pero los habitantes de las colonias británicas lo entenderían de otro modo). En lo económico, la Carta afirmaba la libertad de comercio, el libre acceso a las materias primas y la libre circulación de los mares.

Churchill había tenido que elegir entre proteger la integridad del Imperio Británico y conseguir un aliado fuerte en su lucha contra Hitler. Y si bien el primer objetivo le parecía más importante a largo plazo, el segundo se había convertido en un asunto de vida o muerte. Roosevelt se había comprometido a involucrarse más activamente en la guerra, antes había conseguido imponer el grueso de sus condiciones: una vez que el conflicto terminara, Estados Unidos tendría acceso a nuevos mercados y posibilidades de inversión que hasta entonces habían estado reservados para los británicos.

Durante buena parte de su viaje de retorno a Gran Bretaña, el barco en el que viajaba Churchill (el *HMS Prince of Wales*) fue escoltado por destructores estadounidenses. El costo había sido alto, pero las cosas empezaban a cambiar.

Casablanca y El Cairo

Pocos meses después se produjo el ataque japonés a Pearl Harbor y Estados Unidos entró en combate. Desde entonces, la cooperación entre británicos y estadounidenses se hizo cada vez más estrecha. Como signo de los nuevos tiempos, entre diciembre de 1941 y los primeros días del año 1942, Churchill hizo una visita oficial de tres semanas a Estados Unidos. Esta vez viajaba en un barco llamado *Duke of York* (el tercero en importancia de la flota de guerra británica), porque el *Prince of Wales* había sido hundido por los japoneses. Viajar en esos días era un riesgo, pero Churchill no era cobarde.

Todo a lo largo de 1942, la guerra contra Alemania se libró en dos frentes. En el frente occidental (que incluía el Atlántico, el norte de África y el Mar del Norte) Estados Unidos y Gran Bretaña actuaban de manera conjunta, hasta el punto de haber unificado los mandos militares. En el este europeo la Unión Soviética peleaba por su cuenta, aunque desde mediados de 1941 recibía una importante ayuda norteamericana.

El modo en que estos dos frentes debían coordinarse era motivo de tensiones entre Roosevelt y Churchill. El presidente estadounidense quería estrechar las relaciones con la Unión Soviética, entre otras cosas porque esperaba incorporarla al nuevo orden internacional delineado en la Carta del Atlántico. Churchill desconfiaba de Stalin y prefería no depender demasiado de sus decisiones. A pesar de las resistencias del primer ministro británico, Roosevelt hizo varios intentos por incorporar a Stalin a los encuentros entre los líderes aliados. Pero Stalin se disculpó varias veces, argumentando que la conducción de la guerra le exigía permanecer en Moscú. Los analistas discrepan sobre el porqué de esta actitud: para algunos había causas políticas internas, mientras otros sostienen que el líder soviético simplemente tenía temor a desplazarse.

Churchill y Roosevelt volvieron a reunirse en Casablanca (Marruecos) en los primeros días de 1943. Allí se desplegó una vez más el juego de coincidencias y discrepancias. Por una parte, no hubo dificultad en llegar a tres acuerdos importantes: exigir la rendición incondicional de Alemania e Italia, incrementar la ayuda militar a la Unión Soviética y dar estatus de combatiente al movimiento Francia Libre (lo que exigió reconocer el liderazgo conjunto de los generales De Gaulle y Giraud, que competían entre sí).

Pero hubo un punto en el que fue imposible llegar a acuerdos. Alemania y la Unión Soviética estaban embarcadas en una lucha feroz, pero los soviéticos sabían que no podrían alcanzar la victoria a menos que un nuevo frente distrajera a las fuerzas nazis. Por eso reclamaban un ataque británico-estadounidense en el continente europeo. Roosevelt y Churchill coincidían con esa visión, pero discrepaban acerca de cómo ponerla en práctica. Roosevelt prefería crear el nuevo frente en la parte occidental de Europa, preferentemente en Francia, en parte por razones de estrategia militar y en parte porque eso era lo que pedía Stalin. Desde su perspectiva, satisfacer el pedido del líder soviético lo pondría en mejores condiciones para negociar. Churchill, en cambio, pensaba que ese era un camino demasiado largo para llegar a Berlín, lo que pondría la derrota final de Hitler en manos de los soviéticos y les daría el control sobre Europa Central. Por

Responsabilidad y pragmatismo

Por Pablo da Silveira

> ¿Winston Churchill quería defender la libertad en el mundo o buscaba proteger los intereses del Imperio Británico? ¿Roosevelt aspiraba a una paz sostenida por instituciones internacionales o maniobraba para asegurar el liderazgo de Estados Unidos? ¿Truman decidió usar la bomba atómica para forzar la rendición de Japón o para intimidar a los soviéticos?

Todas estas preguntas tienen algo en común, y es que plantean una falsa oposición. En el complejo mundo de los políticos, casi siempre se están persiguiendo varios objetivos a la vez. Algunos de ellos pueden ser muy nobles y otros pueden estar teñidos de intereses. Si es verdad, como alguien dijo, que la pureza consiste en querer una sola cosa, entonces no hay pureza en el mundo de los políticos. Lo que hay, en el mejor de los casos, es una mezcla de responsabilidad y pragmatismo.

¿Debemos entonces descalificar moralmente a los políticos? Eso sería un error. El trabajo de los políticos es complejo porque refleja las complejidades del mundo y nuestras propias complejidades. Lo importante es utilizar criterios de evaluación que se adapten a la especificidad de su tarea.

Dos de esos criterios son importantes. El primero refiere a los fines: los únicos objetivos que un político puede perseguir de manera legítima son objetivos políticos. Otros propósitos posibles, como el enriquecimiento personal, son moralmente inaceptables. El otro criterio refiere a los medios para alcanzar sus fines: los políticos deben servirse de procedimientos que respeten la igual dignidad de los seres humanos. Esto no los pone a salvo de decisiones dramáticas, pero establece límites a lo que pueden decidir con decencia.

Si un político consigue un objetivo noble y al mismo tiempo beneficia a su propia causa, está haciendo exactamente lo que se espera que haga. Si un político sacrifica los objetivos nobles para cumplir propósitos particularistas, entonces merece nuestra crítica. Si un político tiene presentes los intereses de su comunidad (ya sea los de su país o la humanidad entera) y al mismo tiempo consigue réditos políticos (ya sea para sí mismo, para su gobierno o para su partido), entonces está haciendo las cosas bien. Si un político sacrifica a su gobierno para beneficiar a su partido, o a su partido para beneficiarse personalmente, entonces está jugando sucio. Si un político se sirve de su poder para conseguir beneficios extrapolíticos, entonces se volvió un corrupto. Y si un político considera a los seres humanos como material descartable que puede usar a su antojo, entonces se ha convertido en un monstruo.

En política, las cosas se pueden hacer mejor o peor. Pero siempre se hacen políticamente. ■



△ **Churchill, Roosevelt y Stalin**.

eso proponía una invasión de los Balcanes y un rápido avance hacia Alemania.

Pese a muchas horas de discusión, Churchill no consiguió convencer a Roosevelt. La invasión se hizo finalmente en Normandía (Francia) y eso tendría enormes consecuencias sobre los acontecimientos posteriores.

Churchill y Roosevelt se encontraron una vez más en El Cairo (Egipto) entre el 22 y el 26 de noviembre de 1943. A esta conferencia también asistió el líder chino Chiang Kai-shek, a quien Roosevelt quería convencer de que se aliara con su enemigo interno (la guerrilla comunista de Mao Tse-tung) para combatir conjuntamente al invasor japonés. En esa reunión se decidió aplicarle a Japón la misma doctrina de la rendición incondicional que antes se había acordado para Alemania e Italia.

Pero, una vez más, el punto en torno al que giraron las tensiones fue Stalin, quien finalmente había comunicado su voluntad de reunirse con los líderes occidentales. A medida que se acercaba la fecha del encuentro, Roosevelt se convencía de la importancia de entenderse directamente con los soviéticos. Por una parte, la Unión Soviética, y no Inglaterra, tenía el poderío militar necesario para vencer a Alemania. Por otro lado, la mente de Roosevelt estaba cada vez más centrada en las instituciones internacionales que quería instalar tras la guerra, y sabía que esas instituciones sólo tendrían relevancia si los soviéticos las apoyaban.

Churchill aspiraba a no ser dejado de lado en las negociaciones. En parte lo hacía porque quería fortalecer el peso internacional de Gran Bretaña, y en parte porque pensaba que Roosevelt no era capaz de ver el peligro que significaba Stalin. Durante las conversaciones de El Cairo, Churchill intentó acordar un conjunto

▷ cronología

1941

1941 **22 de junio:** Hitler inicia la invasión de la Unión Soviética.

9 al 11 de agosto: Roosevelt y Churchill acuerdan la Carta del Atlántico. El documento se hace público el 14 de agosto y será firmado un mes más tarde por 15 gobiernos, incluyendo el de la Unión Soviética.

7 de diciembre: Japón ataca la base estadounidense de Pearl Harbor.

8 de diciembre: Estados Unidos y Gran Bretaña declaran la guerra a Japón.

1942-1943

1942 **20 de enero:** Altos funcionarios nazis se reúnen en Berlín y deciden el exterminio de los judíos europeos (la "solución final").

4 de junio: batalla de Midway. Dura derrota naval de los japoneses.

23 de noviembre: comienza la contraofensiva soviética en Stalingrado.

1943 **14 de enero:** Roosevelt y Churchill se reúnen en Casablanca (Marruecos).

2 de febrero: el Sexto Ejército alemán se rinde en Stalingrado.

de criterios comunes para negociar con el líder soviético, pero Roosevelt se negó a aceptar esa clase de acuerdo.

La Conferencia de Teherán

Stalin aceptó finalmente reunirse con sus aliados, pero lo hizo con la condición de que el encuentro fuera en Irán: un país al que podía llegar por tierra y que desde 1942 estaba parcialmente bajo ocupación soviética (otra parte del país era controlada por los británicos). Stalin consiguió además que las discusiones se realizaran en la sede de la propia embajada soviética.

El encuentro se produjo entre el 28 de noviembre y el 1º de diciembre de 1943. Era la primera vez que los "tres grandes" estaban juntos, y era también la primera vez que Roosevelt y Stalin se veían las caras. En ese sentido específico, Churchill les llevaba ventaja: había viajado a Moscú en agosto del año anterior para entrevistarse con Stalin, y había sumado cinco encuentros con Roosevelt en distintas partes del mundo. Pero, a pesar de ese conocimiento previo de los interlocutores, el de Teherán fue un mal encuentro para el primer ministro británico.

Churchill llegó a la capital iraní en un estado general de agotamiento y con una afonía que le impedía hablar. También Roosevelt llegó desmejorado por la enfermedad que le costaría la vida dos años más tarde. Stalin, en cambio, llegó fortalecido por el esfuerzo de las tropas soviéticas y por la reciente victoria en la batalla de Kursk (el enfrentamiento de tanques más grande de la historia). Era además el anfitrión y supo aprovecharlo. La primera iniciativa de la delegación soviética consistió en ofrecerle a Roosevelt la presidencia de la conferencia, con lo que lo obligó a mantener una posición de ecuanimidad. Gracias a esta combinación de factores, Stalin consiguió imponer su sello a las conversaciones.

El objetivo del líder soviético en Teherán era doble. Por una parte, quería obtener de los aliados occidentales el compromiso de abrir cuanto antes un segundo frente en Europa Occidental. Por otra parte, quería asegurarse para la Unión Soviética una cantidad de territorios no inferior a la que había obtenido en el pacto de 1939 con la Alemania nazi. Durante las negociaciones sostuvo que lo acordado en aquel pacto a propósito de Polonia seguía teniendo vigencia.

Roosevelt buscaba ante todo el apoyo soviético para las instituciones internacionales que soñaba con crear. No quería repetir el fracaso del presidente Wilson, quien décadas atrás había creado la frágil e inoperante Liga de Naciones. Por eso estaba dispuesto a hacer concesiones en lo inmediato, si eso le aseguraba cierto control sobre lo que pasaría luego de la guerra.

Churchill, por su parte, sentía repulsión por el afán expansionista de Stalin, creía que Roosevelt estaba equivocando la estrategia y se preocupaba por el futuro del Imperio Británico. Pero al mismo tiempo era consciente de la debilidad de su posición negociadora.

Lo cierto es que Stalin consiguió todo lo que había ido a buscar. Obtuvo la promesa de una invasión a Francia en mayo de 1944 (el desembarco de Normandía finalmente se produjo el 6 de junio) y también consiguió que se reconocieran los límites entre la Unión Soviética y Polonia que se mantienen hasta hoy. Estos límites coinciden básicamente con los establecidos en el pacto Von Ribbentrop-Molotov e implicaban una pérdida territorial para Polonia. Como compensación, se acordó agregar al territorio polaco algunas zonas que antes de la guerra estaban bajo dominio alemán. En una palabra, Polonia se corría hacia el Oeste. Esta decisión provocó una enfurecida protesta del gobierno polaco en el exilio, que tenía sede en Londres

Como contrapartida a esos logros, Stalin reconoció a la Carta del Atlántico como el fundamento para las negociaciones sobre el futuro de Europa, y se comprometió a garantizar la realización de elecciones libres en los países de Europa Oriental. También prometió dar apoyo militar a Turquía en el caso de que ésta declarara la guerra a Alemania (un evento que entonces se daba por seguro, aunque finalmente no ocurrió).

La Conferencia de Teherán dejó a Churchill con la sensación amarga de

Un mal chiste

Hay un episodio que refleja la resistencia de Roosevelt a ver a Stalin como una amenaza, y el modo en que eso afectaba su relación con Churchill. La anécdota tiene especial valor porque la cuenta un testigo presencial, el hijo de Roosevelt, que no simpatizaba con el líder británico.

En una cena dada por Stalin durante la Conferencia de Teherán, el líder soviético hizo el siguiente brindis: *"Propongo un saludo a la justicia más rápida posible para todos los criminales nazis de Alemania. Justicia ante un pelotón de fusilamiento. Bebo por nuestra unidad en despacharlos tan pronto como los capturemos. Y que pueda ser, por lo menos, a cincuenta mil de ellos".* Al escuchar estas palabras, Churchill se puso de pie y, con el rostro enrojecido, dijo: *"Esa actitud es contraria al sentido británico de la justicia. El pueblo inglés no tolerará semejante asesinato en masa. Aprovecho esta oportunidad para decir que me siento firme partidario de que a nadie, sea nazi o no nazi, se le juzgue sumariamente, sin un proceso legal y delante del pelotón de fusilamiento. ¡Aunque los hechos conocidos resulten una prueba evidente en su contra!".*

Roosevelt entendió que la reacción de Churchill dañaba el clima de concordia e intentó distender la situación con una broma: *"Como de costumbre, parece ser que mi función consiste en mediar en esta discusión. Está claro que debe haber alguna especie de transacción entre vuestra posición, señor Stalin, y la de mi buen amigo el primer ministro. Acaso sea bueno decir que, en vez de ejecutar sumariamente a cincuenta mil criminales de guerra, deberíamos fijar un número menor. ¿No podríamos decir cuarenta y nueve mil quinientos?".* ■

1944

5 de julio: comienza en la Unión Soviética la Batalla de Kursk.

8 de setiembre: rendición de Italia.

18 de noviembre: se inicia el bombardeo sistemático de Berlin.

22 al 26 de noviembre: Roosevelt, Churchill y Chiang Kai-shek se reúnen en El Cairo (Egipto).

28 de noviembre al 1º de diciembre: primera reunión de los "tres grandes" (Roosevelt, Stalin y Churchill) en Teherán (Irán).

1944

4 de junio: Roma es tomada por los aliados.

6 de junio: desembarco de Normandía.

19 de junio: los estadounidenses infligen una gran derrota naval a los japoneses en Filipinas.

1º al 22 de julio: delegados de 44 países se reúnen en Bretton Woods (Estados Unidos) y acuerdan las bases de un nuevo sistema financiero internacional para la posguerra. Son creados el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el GATT.

25 de agosto: tropas aliadas liberan París.

10 de octubre: el Ejército Rojo llega al mar Báltico.

20 de octubre: la resistencia yugoslava libera a Belgrado, la capital del país.

25 de octubre: japoneses y estadounidenes protagonizan la mayor batalla naval de la historia en el golfo de Leyte. Dura derrota japonesa.

16 de diciembre: Alemania inicia una contraofensiva en las Árdenas (Bélgica). Es el último intento por revertir la situación en Europa.

Una página oscura



Luego de ver fracasar sus planes de invadir los Balcanes, Churchill cayó en un activismo inútil que lo llevó a cometer graves errores. Primero viajó a Italia con el propósito de presionar a las tropas aliadas para que continuaran su avance hacia Viena. Pero el comando aliado lo ignoró y sacó tropas de Italia para trasladarlas a Francia. Entonces, un frustrado Churchill decidió dar un giro de ciento ochenta grados y, en octubre de 1944, viajó a Moscú para entrevistarse con Stalin.

Lo que pasó entonces fue como si los dos se pusieran a jugar al *War* en una tarde de lluvia. Con total frialdad empezaron a repartirse porcentajes de influencia sobre distintos países de Europa, mientras escribían números en un papel: la Unión Soviética tendría un 90% de influencia sobre Rumania, y Gran Bretaña un 90% de influencia sobre Grecia. En Yugoslavia y Hungría se respetaría un 50%-50%. Luego de la discusión Churchill tuvo el impulso de quemar la hoja, pero Stalin le recomendó que la guardara.

El acuerdo no tuvo casi ningún efecto sobre los acontecimientos posteriores, pero quedó en la memoria de muchos como un lamentable ejemplo de lo que ocurre cuando dos líderes políticos deciden jugar crudamente la carta del realismo. Uno de los sucesos más penosos del final de la guerra tuvo como protagonista a Churchill, quien antes y después dio muestras de grandeza y generosidad. ■

que el único ganador había sido Stalin. El líder británico también supo que su visión sobre cómo conducir la guerra había sido derrotada y que el futuro de Europa no se parecería al que él deseaba. Sus biógrafos cuentan que abandonó Irán totalmente abatido. Poco después cayó enfermo de una pulmonía que casi le cuesta la vida. Roosevelt, por su parte, volvió convencido de que había plantado los cimientos de un mundo más pacífico y seguro, sobre el que vigilarían las tres potencias vencedoras. Esta convicción lo acompañó hasta Yalta, aunque lo abandonó poco más tarde.

La Conferencia de Yalta

En Teherán, los "tres grandes" acordaron reunirse una vez más antes de que la guerra finalizara. El nuevo encuentro tuvo lugar del 4 al 11 de febrero de 1945 en Yalta, península de Crimea, en territorio de Ucrania: un estado independiente desde 1991, pero entonces perteneciente a la Unión Soviética. Stalin asistía a la reunión sin salir de casa. Churchill y Roosevelt, en cambio, tuvieron que afrontar un largo y penoso viaje. Ese esfuerzo contribuyó a deteriorar la frágil salud de Roosevelt, quien murió semanas más tarde.

El objetivo explícito de la Conferencia de Yalta era decidir cuál sería el futuro de Alemania tras su inminente derrota (el encuentro se produjo apenas tres meses antes de la toma de Berlín). Pero, una vez más, cada uno de los participantes llegó con su propia agenda.

Roosevelt quería lograr que la Unión Soviética entrara de inmediato en la guerra con Japón. La bomba nuclear todavía no estaba en condiciones de ser utilizada y los combates estaban costando demasiadas vidas estadounidenses. Roosevelt también quería asegurarse el apoyo soviético a las Naciones Unidas, cuyos estatutos se estaban negociando en la ciudad de San Francisco. Y pretendía asimismo fortalecer el peso internacional de China, a la que imaginaba jugando un papel de contrapeso ante la Unión Soviética.

Stalin quería ante todo asegurarse zonas de influencia en Asia y en Europa Oriental. Esa pretensión era vista por Churchill como una prueba de la voluntad expansionista del régimen comunista, pero Stalin la defendía diciendo que era una condición para la seguridad soviética. La historia, por cierto, le daba argumentos: en las décadas anteriores, Rusia había sido atacada tanto desde Europa como desde Oriente. Stalin también estaba interesado en obtener grandes reparaciones territoriales y económicas como compensación del esfuerzo de guerra. Exigía, por ejemplo, que Alemania le pagara a la Unión Soviética una indemnización de diez mil millones de dólares.

Churchill estaba preocupado por mantener los equilibrios políticos dentro de Europa. Por eso quería preservar la integridad territorial de Polonia y pretendía obligar a Stalin a aceptar elecciones libres en Europa del Este. El primer ministro británico también tenía el objetivo de incluir a Francia entre las potencias vencedoras. La iniciativa requería un esfuerzo de imaginación, porque la verdad era que Francia había capitulado rápidamente y su liberación había sido obra de las tropas estadounidenses y británicas (la entrada de De Gaulle en París había sido básicamente un golpe de imagen dirigido a fortalecer su liderazgo interno). Ciertamente en Francia había habido una resistencia organizada, como también la había habido en Italia, en Polonia y en otros países. Pero solamente en Yugoslavia la resistencia había conseguido derrotar a los alemanes. Churchill era consciente de todo esto, pero quería reconocer a Francia como potencia vencedora para colocar más interlocutores frente a Stalin en la mesa de negociaciones.

Este tejido de intereses era el trasfondo sobre el que había que decidir la suerte de Alemania. Y la decisión que se tomó fue dividirla en tres zonas de ocupación, cada una de ellas a cargo de uno de los países vencedores. (Gran Bretaña y Estados Unidos cedieron luego una parte de su zona a Francia, lo que molestó profundamente a Stalin). La capital alemana, Berlín, quedó en plena zona de ocupación soviética, pero se decidió tratarla como una isla y aplicar dentro de la ciudad la misma distribución que en el conjunto del

1945

1945 **4 al 11 de febrero:** Roosevelt, Churchill y Stalin inician la Conferencia de Yalta (Crimea).

19 de febrero: tropas americanas inician la sangrienta toma de Iwo Jima.

23 de febrero: tropas aliadas llegan a la cuenca del Ruhr, el corazón industrial de Alemania.

30 de marzo: tropas soviéticas capturan la ciudad de Danzig y se internan en Alemania.

12 de abril: muere el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt y es sustituido por su vicepresidente, Harry Truman.

16 de abril: tropas soviéticas inician la ofensiva final contra Berlín.


Harry Truman

25 de abril: delegados de 45 países se reúnen en la ciudad de San Francisco para aprobar los documentos fundacionales de las Naciones Unidas.

1º de mayo: el Ejército Rojo toma Berlín.

3 de mayo: tropas británicas toman Hamburgo.

7 de mayo: rendición incondicional de Alemania.

25 de mayo: tras dos meses de discusiones, se aprueba la Carta de las Naciones Unidas.

5 de julio: elecciones en Gran Bretaña. El resultado solo se conocerá veinte días después.

país. Eso significaba que, en el corazón de la Alemania controlada por los soviéticos, habría una parte de Berlín controlada por los estadounidenses y otra por los británicos (más tarde, también por los franceses). Esta decisión estaría llamada a tener enormes consecuencias políticas durante casi medio siglo.

En la Conferencia de Yalta se tomaron también otras decisiones, como restituir los gobiernos de los países ocupados, establecer la democracia en toda la región y aplicar medidas de desnazificación a la población alemana. Pero, cuando se analizan los resultados a la luz de los objetivos de cada participante, parece claro que Stalin fue el gran triunfador.

El líder soviético consiguió mantener el control sobre la parte de Polonia que había obtenido gracias al pacto con los nazis, y se aseguró el dominio de las repúblicas bálticas y lo que entonces se llamaba Besarabia (hoy Moldavia). También mantuvo el control militar sobre los países de Europa del Este y conservó todos los territorios que había heredado de los zares: Ucrania, Georgia, Armenia, Azerbaiján, Uzbekistán, Turkmenistán y varios otros. No consiguió la inmensa compensación económica que había pedido inicialmente, pero pudo quedarse con todo el equipamiento industrial existente en su zona de ocupación, más el 10 por ciento del equipamiento existente en las zonas controladas por los otros países. Logró además que se aprobara un gran programa de repatriación de todos los civiles que habían sido desplazados por la guerra. Ese programa era un auxilio para aquellos que querían volver a sus hogares, pero era compulsivo para quienes no querían. Entre ellos se contaban decenas de miles de cosacos, polacos y yugoslavos, gran parte de los cuales murieron en el trayecto o fueron conducidos a la muerte al llegar a destino.

A cambio de esos logros, Stalin básicamente hizo promesas. Prometió realizar elecciones libres en Polonia, pese a que ya estaba embarcado en la tarea de instalar un gobierno títere. Prometió que las tropas soviéticas abandonarían Checoslovaquia, con lo que consiguió que los aliados se detuvieran en las fronteras de ese país. Eso le permitió más tarde instalar otro gobierno controlado por Moscú. Prometió entrar en guerra con Japón, pero solo lo hizo medio año después, cuando ya había caído la bomba sobre Hiroshima. Y prometió participar

Eleanor *versus* Andrei

Durante los debates previos a la aprobación de la Declaración Universal de Derechos Humanos, hubo duros enfrentamientos entre las delegaciones estadounidense y soviética. Los soviéticos estaban liderados por Andrei Vishinsky, un orador implacable que generaba temor aun entre los miembros de su propia delegación. No era para menos: Vishinsky se había hecho famoso en los años 30, al actuar como principal acusador en los juicios a supuestos traidores de la revolución soviética.

Vishinsky sostenía que, al pretender aprobar la Declaración de Derechos Humanos, las Naciones Unidas estaban avasallando la soberanía de los estados y pretendiendo interferir en sus asuntos internos. Lo que se debía afirmar era el derecho de los gobiernos a tomar sus propias decisiones. En un intercambio que se haría famoso, Eleanor Roosevelt, viuda del presidente de Estados Unidos, le respondió: *"Señor Vishinsky, aquí en las Naciones Unidas estamos intentando desarrollar ideas con un enfoque más amplio. Ideas que consideran en primer lugar los derechos del hombre, ideas que consideran aquello que hace más libre al hombre. No a los gobiernos, señor Vishinsky, sino al hombre".* **Vishinsky enrojeció de furia.** ■

El episodio es relatado por **Brian Urquhart**, antiguo subsecretario general de las Naciones Unidas.



16 de julio-2 de agosto: Stalin, Truman y Churchill se reúnen en Potsdam (Alemania). El presidente Truman informa a Stalin sobre la bomba atómica.

6 de agosto: Estados Unidos lanza la primera bomba atómica sobre Hiroshima.

9 de agosto: Estados Unidos lanza una segunda bomba atómica sobre Nagasaki.

14 de agosto: rendición incondicional de Japón.

20 de noviembre: Comienzan en Nuremberg los juicios por crímenes de guerra a altos dirigentes nazis (fotografía a la izquierda).

Lo viejo y lo nuevo

Las negociaciones y discusiones políticas ocurridas en el tramo final de la Segunda Guerra mostraron un choque entre viejos y nuevos estilos de concebir las relaciones internacionales.

Stalin era el representante más notorio (y más exitoso) de un estilo que prolongaba el espíritu de las negociaciones al final de la Primera Guerra Mundial. Sus preocupaciones eran ganar territorios, desarmar a los vencidos e imponerles sanciones económicas. De acuerdo con esta lógica, hizo todo lo que estuvo a su alcance para debilitar la capacidad industrial alemana, incluyendo el desmantelamiento y traslado de maquinaria. También se propuso rodearse de países satélite y negoció los límites con Polonia, con el fin de expandirse y hacer coincidir las fronteras políticas con accidentes naturales que sirvieran de defensa.

También el general De Gaulle, jefe del gobierno provisional francés, razonaba en esta época con un estilo muy tradicional: era partidario de que Alemania perdiera la zona renana (lo que implicaba llevar la frontera de Francia hasta el río Rhin), pensaba en restablecer la alianza que Francia había tenido con Rusia en el siglo XIX y le preocupaba mantener la influencia francesa en Medio Oriente. Aunque en los años siguientes De Gaulle cambió su perspectiva, en el momento inicial tenía los mismos objetivos que Stalin: expansión territorial, debilitamiento del antiguo enemigo y búsqueda de fronteras naturales.

Roosevelt era el principal impulsor de un nuevo estilo de abordar los conflictos internacionales. El pasado enseñaba que, si se imponían sanciones demasiado severas a los vencidos, el resultado sería una paz frágil. Por eso apostaba a la recuperación económica de los países europeos y a una paz mundial asegurada por instituciones comunes. Lejos de actuar de manera desinteresada, Roosevelt pretendía que ese nuevo orden fuera liderado por Estados Unidos. Pero buscaba un liderazgo distinto al de las antiguas potencias coloniales.

Churchill tenía una personalidad compleja en la que convivían el aristócrata defensor del Imperio Británico, el demócrata militante y el estadista capaz de imaginar nuevas soluciones. Esta segunda actitud se hizo visible en 1940, cuando Francia estaba siendo aplastada por Alemania. En ese momento Churchill propuso fusionar a Gran Bretaña y Francia, de modo que si todo el territorio francés caía en manos alemanas, solo sería una parte de un país que seguiría siendo independiente. (El gobierno francés no aceptó la propuesta por recomendación de Pétain, futuro jefe del gobierno colaboracionista). Igualmente imaginativa fue la propuesta que lanzó hacia el final de la guerra, de crear una unión de estados democráticos como alternativa al modelo de Naciones Unidas diseñado por los estadounidenses. Pero las propuestas de Churchill no prosperaron, en buena medida a causa de la oposición de Roosevelt.

Finalmente, la historia no se repitió. Algo que desapareció completamente del mapa europeo fueron los odios que surgieron después de 1919. Viejas fórmulas de la demagogia política, como la enemistad franco-alemana, o la británico-alemana, dejaron de ser efectivas. Las instrucciones impartidas a los soldados aliados de que no confraternizaran con el enemigo se olvidaron rápidamente. Para sorpresa de las potencias vencedoras, los alemanes no abrigaban ningún espíritu de revancha y solo deseaban la paz. ■

Una nueva forma de influencia

Uno de los rasgos de la época fue el crecimiento de los partidos comunistas nacionales. En todo el planeta, incluido Estados Unidos, existía una gran admiración por la Unión Soviética y el Ejército Rojo. Además, los comunistas europeos habían conformado el núcleo de la resistencia antinazi en los países ocupados. No todos los resistentes y partisanos habían sido comunistas, pero la resistencia comunista aventajaba a las demás en varios terrenos: tenía mayor cohesión ideológica, era más disciplinada y dominaba técnicas de combate que las demás organizaciones ignoraban.

El Partido Comunista soviético, que durante la guerra había perdido influencia, salió a apoderarse de los frutos de la victoria proclamando que era un triunfo del leninismo. Su aparato de propaganda hizo olvidar a muchos que la Unión Soviética había sido aliada de Hitler y que, posteriormente, el esfuerzo de guerra soviético no hubiera podido sostenerse sin el apoyo de Estados Unidos. (Se eliminaron, por ejemplo, todas las fotos que mostraban a tropas soviéticas desplazándose en autos *Studebaker* de fabricación estadounidense). También se olvidó el hecho de que, para muchos habitantes de la Unión Soviética, la Segunda Guerra no había sido una confrontación ideológica sino una guerra patriótica.

El fortalecimiento de los partidos comunistas se debió también a lo que ocurría en China, donde el Partido Comunista liderado por Mao Tse-tung desplazaba al gobierno nacionalista encabezado por Chang Kai-shek. Para muchos, la victoria en la guerra civil china era una confirmación del vigor del socialismo frente a las debilidades del capitalismo.

El fortalecimiento de los partidos comunistas le dio a Stalin un instrumento para influir sobre la situación interna de muchos países. Pero las relaciones entre Moscú y las diferentes organizaciones nacionales no fue fácil. Stalin desconfiaba de la libertad de criterio de los líderes locales, que mezclaban el comunismo con las luchas nacionales. En algunos casos eso llevó a enfrentamientos, pero solo Tito en Yugoslavia y Enver Hoxha en Albania consiguieron mantener márgenes importantes de independencia. En los demás casos Stalin logró disciplinar a los partidos, utilizando métodos que iban desde el condicionamiento económico hasta las invasiones y las ejecuciones. ■

en las Naciones Unidas, pero solo tras asegurarse que la Unión Soviética tendría capacidad de veto en el Consejo de Seguridad.

Un punto que se ha discutido desde entonces es por qué Stalin obtuvo tantas concesiones en Yalta, a cambio de tan poco. Parte de la explicación es que llegó a esa reunión en una posición de fuerza: el Ejército Rojo estaba a 40 millas de Berlín, mientras que las tropas aliadas seguían combatiendo en Francia. Pero eso no alcanza para explicar sus inmensos logros frente a un negociador astuto, experimentado y no siempre limpio como era Roosevelt.

Los historiadores discuten en torno a dos hipótesis. La primera es que Roosevelt llegó física y mentalmente disminuido a esa reunión. Y no hay dudas de que estaba gravemente enfermo, hasta el punto de que murió dos meses después. ¿Es posible que su debilidad física haya disminuido sus capacidades intelectuales? Algunos analistas piensan que sí. Para fundamentarlo, señalan que Roosevelt cometió en esos días graves errores de juicio. Por ejemplo, sostuvo ante un escéptico Churchill que China seguiría siendo controlada por el nacionalista Chiang Kai-shek, cuando ya estaba claro que Mao Tse-tung dominaba la situación. Con eso contribuyó a fortalecer el bloque socialista y, de manera indirecta, hizo posible lo que luego sería la Guerra de Corea.

Más grave todavía, Roosevelt, que siempre había sido un pragmático, llegó en esos días a niveles insólitos de falta de realismo. Durante toda la Conferencia de Yalta, y aun luego de su regreso a Estados Unidos, estuvo convencido de que había logrado buenos acuerdos con Stalin. En un discurso ante el Congreso dicho al volver de Yalta, afirmó que la conferencia había marcado "el fin del sistema de acción unilateral, de las alianzas excluyentes, de las esferas de influencia, de los equilibrios de poder y todos los demás recursos que han sido utilizados durante siglos, y siempre han fracasado. Nosotros proponemos sustituirlos a todos ellos por una organización universal en la que todas las naciones amantes de la paz tengan una real oportunidad de unirse". La evolución política posterior mostró lo equivocado que estaba.

Pero la hipótesis de un Roosevelt disminuido no es aceptada por todos. Por una parte está el testimonio de quienes lo acompañaron a Yalta (incluyendo sus colaboradores más inmediatos y su propio hijo), quienes afirman que Roosevelt negoció con la lucidez y habilidad de siempre. Por otra parte, se sabe que en sus últimas semanas de vida dio un giro: se sentía estafado por Stalin y lo acusaba de no estar cumpliendo sus promesas (algo que, a ojos de Churchill, no debía sorprender a nadie).

La otra hipótesis es que Roosevelt no participó con demasiado ardor en las negociaciones sobre control territorial porque estaba pensando en otra cosa. Confiaba en que los gobiernos iban a evitar los errores del pasado y que el mundo sería cada vez más controlado por instituciones supranacionales como las Naciones Unidas, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. No era que se hubiera desinteresado en la distribución del poder entre las naciones. Por supuesto que aspiraba a que Estados Unidos ejerciera un fuerte liderazgo mundial. Pero no pensaba en un liderazgo de base territorial, sino en la influencia que su país ejercería a través de instituciones internacionales.

Quienes defienden este punto de vista afirman que Roosevelt era consciente de lo que estaba haciendo y veía en ese cambio de enfoque la principal causa de sus diferencias con Churchill. Por una parte, Churchill tenía un imperio que defender. Por otra, Churchill tenía una cabeza a la antigua, para la cual era esencial el control territorial.

No es fácil saber cuál de las dos hipótesis explica mejor el comportamiento de Roosevelt en Yalta, pero hay al menos algo que está claro: aun si fuera cierto que Churchill tenía una cabeza a la antigua, su mentalidad "territorial" era la misma que tenía Stalin. Esto explicaría tanto los puntos fuertes como los puntos débiles del primer ministro británico. Por una parte, y vista la evolución posterior, Churchill fue mucho más sagaz que Roosevelt a la hora de identificar los problemas que se avecinaban. Por otra parte, esa misma mentalidad "territorial" fue la que lo llevó, al menos momentáneamente, a entrar en el deplorable juego de distribución de áreas de influencia.

En los pocos puntos en los que Churchill y Roosevelt coincidieron, lograron influir sobre los acontecimientos. Por ejemplo, mientras Stalin quería dejar a Alemania postrada, incapaz de rearmarse y de fortalecer su industria, el presidente estadounidense y el primer ministro británico preferían ayudarla a reconstruirse para evitar que se repi-

tiera la historia. La diferente evolución económica de lo que luego serían Alemania Occidental y Alemania Oriental está, al menos en parte, ligada a esta discrepancia.

Yalta fue el último encuentro realizado mientras se combatía en Europa y fue también el último en el que se encontraron los tres grandes líderes que habían conducido el conflicto. En esos pocos días se zanjó la división de Europa y la suerte de muchos estados débiles, como los países bálticos, que se sacrificaron en nombre de la estabilidad.

La Conferencia de Potsdam

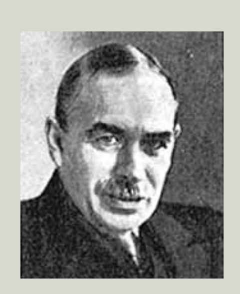
La última conferencia durante la guerra tuvo lugar en Potsdam, en las afueras de Berlín, entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1945. En el medio año que había transcurrido desde Yalta, Roosevelt había muerto y Churchill se había presentado a elecciones buscando un nuevo mandato. En representación de Estados Unidos asistió el presidente Harry Truman, que había asumido el cargo pocos meses antes. Churchill presidía la delegación británica pero, como todavía no se conocía el resultado de las elecciones, también formaba parte del grupo su rival electoral, el laborista Clement Attlee. El 26 de julio (es decir, en plena conferencia) se supo que Churchill había sido derrotado y Attlee se puso al frente de la delegación británica. Stalin quedó atónito ante la situación: no podía creer que las elecciones hubieran sido limpias, que el triunfador de la guerra hubiera sido desplazado, ni que aceptara pacíficamente el resultado. La respuesta de Churchill fue toda una lección de democracia: "Para que pudiera pasar esto luchamos todos estos años".

Debido a exigencias de Stalin, ninguno de los doscientos periodistas que se habían desplazado hasta Berlín pudo estar presente. En palabras de un ofuscado Churchill, "todo ocurrió detrás de un cerco de bayonetas". A pesar de esas restricciones, la conferencia fue seguida por el mundo entero. *The New York Times* escribía en esos días: "Nunca en la historia hubo tal cúmulo de fuerzas militares victoriosas representadas en una sola reunión. Nunca hubo un encuentro que debiera tratar asuntos tan complejos. Y nunca tuvieron que cargar tres mortales una responsabilidad tan pesada por el bienestar de sus pueblos y de la humanidad".

Las dificultades aparecieron desde el inicio. En su primera intervención, Truman leyó un documento en el que denunciaba que "las obligaciones asumidas" en la Conferencia de Yalta "aún no han sido cumplidas". Era una crítica implícita pero evidente al comportamiento de Stalin. También Churchill y el líder soviético chocaron de inmediato. Stalin reclamó quedarse con la flota alemana como compensación de guerra. Pero la flota estaba en manos de los británicos, y Churchill propuso dividirla en tres partes o, dado que se avecinaba la paz, simplemente hundirla. "¡Dividámosla! –dijo Stalin–. Y luego, si el señor Chuchill quiere, puede hundir su parte".

La guerra mundial estaba a punto de terminar, pero ya se había instalado el clima de guerra fría. El 24 de julio se discutió el ingreso a la Organización de las Naciones Unidas de los antiguos aliados de Alemania (Italia, Rumania, Bulgaria, Hungría). Los estadounidenses y británicos eran favorables al ingreso de Italia pero no del resto. El argumento era que estos últimos (todos bajo control soviético) carecían de gobiernos democráticos. Churchill señaló que no había libertad de expresión ni libertad de prensa, y que los occidentales no podían ingresar a sus territorios mientras que los soviéticos entraban y salían libremente de Italia. Truman recordó que en Yalta se había acordado democratizar a esos países y reclamó la realización de elecciones libres. Stalin respondió con una frase que explica el posterior uso de las palabras

John Maynard Keynes



△ **Keynes** durante la Segunda Guerra

Fue un inversor exitoso, que hizo fortunas especulando en la bolsa (algo así como un George Soros de hace medio siglo). Invirtió buena parte del dinero ganado en su pasión por coleccionar libros raros, y así contribuyó a rescatar los manuscritos de Newton. Fue uno de los principales animadores de la frívola vida social de Cambridge, la ciudad donde nació, estudió y enseñó. Fue homosexual, pero tuvo un largo matrimonio con Lydia Lopokova, una de las bailarinas más famosas de la época. Fue asesor del gobierno británico y negociador de los más grandes préstamos que Gran Bretaña recibió en su historia. Fue ennoblecido por la corona y ocupó un escaño en el Parlamento. Se dio tiempo además para ser el economista más influyente del siglo XX.

John Maynard Keynes nació el 5 de junio de 1883 y muy pronto amasó una fortuna. En 1919, cuando tenía 36 años, integró la delegación británica que asistió a las negociaciones posteriores al fin de la Primera Guerra Mundial. El Tratado de Versalles lo dejó profundamente insatisfecho. Ese mismo año publicó un libro titulado *Las Consecuencias Económicas de la Paz*, **donde denunciaba el error de imponer condiciones demasiado duras a los vencidos y pronosticaba las conmociones que luego ocurrieron.**

En 1936 escribe su *Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero*, **en cuyas páginas se encuentra la tesis central de lo que luego se identificará como "keynesianismo": frente a un aumento del desempleo y una caída de la inversión privada, el Estado debe dinamizar la economía aumentando el gasto público. Desde entonces, esta idea estuvo en el centro de muchos debates. Para algunos es una afirmación general sobre el papel que le corresponde al Estado en la economía. Para otros (incluido el propio Keynes, que hasta el fin de sus días se consideró un liberal) es una recomendación que solo tiene sentido en ciertos contextos.**

Durante la Segunda Guerra, e inmediatamente después de ella, negoció con Estados Unidos los préstamos que dieron oxígeno a la economía británica. En 1944 se convirtió en uno de los principales protagonistas de la Conferencia de Bretton Woods, donde se estableció el orden económico de la posguerra. Murió el 21 de abril de 1946, tras sufrir durante años una enfermedad cardiaca.

Milton Friedman, Premio Nobel de Economía de la Universidad de Chicago, fue su principal rival en el terreno de la teoría económica. Cuando, poco antes de morir, se le preguntó a Friedman quién había sido el economista más importante del siglo XX, su respuesta fue: John M. Keynes. ■

por parte de las autoridades comunistas: "Si un gobierno no es fascista, entonces es democrático". Charles Bohlen, traductor y asesor de Truman, escribió más tarde que en ningún otro momento de la conferencia se vio mejor el abismo que se abría entre la Unión Soviética y los aliados occidentales.

Durante la conferencia, Truman recibió la noticia de que la bomba atómica había sido ensayada con éxito y estaba en condiciones de ser utilizada. Luego de consultarlo con Churchill, buscó un momento apropiado para comunicarle a Stalin que Estados Unidos acababa de desarrollar un arma con un poder destructivo sin precedentes. Para su sorpresa, Stalin se mantuvo calmo y se limitó a desear que eso ayudara a terminar la guerra con Japón. Hoy sabemos (pero Truman lo ignoraba entonces) que Stalin estaba al tanto de los avances del programa nuclear estadounidense y que desde 1942 tenía en marcha su propio programa. Los estadounidenses se habían adelantado unos años, pero él esperaba alcanzarlos gracias a una combinación de esfuerzo científico y acciones de inteligencia.

Truman era un hombre sin experiencia en negociaciones internacionales, pero fogueado en el mundo de los negocios. No tenía el refinamiento de Roosevelt, pero su fuerte sentido práctico y su amor a lo concreto le impedían perder el rumbo. Las resoluciones de Potsdam fueron un punto de transacción entre el sentido pragmático del presidente estadounidense y la fortaleza de Stalin, que se apoyaba en sus logros de Yalta y, tras la partida de Churchill, era el único participante con experiencia previa en esta clase de reuniones.

Algunos de los resultados logrados en Potsdam fueron poco controvertidos. Entre ellos se incluye la desmilitarización de Alemania, la confirmación de la división en zonas de ocupación y el desmembramiento del territorio alemán al este del río Oder (lo que significaba una pérdida del 25 por ciento de su territorio anterior a la guerra). También se acordó prolongar los programas de desnazificación en Alemania y Austria, y crear un tribunal que juzgara a los principales criminales de guerra. Los juicios de Nuremberg fueron el resultado práctico de esa decisión.

Fuera de estas resoluciones que todos apoyaron, el resto fue duramente negociado. Stalin consiguió lo que más le interesaba, que era el control absoluto sobre los países de Europa del Este. Lo hizo mediante la simple táctica de presentarlo como un hecho consumado y negarse a discutirlo. También consiguió reafirmar el derecho de la Unión Soviética a quedarse con todo el equipo industrial que encontrara en su área de ocupación, más el 10 por ciento del existente en el resto de Alemania. Pero no tuvo éxito con otras pretensiones, como apropiarse de las antiguas colonias italianas en África o participar junto a los demás aliados en el control del valle del Ruhr (una de las zonas más industrializadas de Alemania).

Estados Unidos consiguió que la Unión Soviética finalmente le declarara la guerra a Japón, aunque el tiempo transcurrido le quitaba al hecho toda relevancia militar. Cuando la Unión Soviética lo hizo, Hiroshima ya había sido arrasada y Japón estaba en pleno proceso de rendición. Los aliados también conservaron el control sobre algunas de las zonas más ricas de Alemania y consiguieron la promesa de elecciones y compensaciones materiales para Polonia. Pero muchos tuvieron claro que las decisiones relativas a Polonia nunca se aplicarían, como tampoco se cumpliría la promesa de respetar la autodeterminación de Checoslovaquia. Años después, Truman diría que en Potsdam se había comportado como un "idealista inocente". Al volver de Yalta, Stalin le comentó a quien sería su sucesor, Nikita Khrush-chev, que Truman no valía nada.

La construcción de instituciones internacionales

Puede que Roosevelt haya negociado mal durante la Conferencia de Yalta, pero lo cierto es que logró su objetivo principal: el mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial no sería exclusivamente un mundo de países e imperios, sino un mundo parcialmente gobernado por instituciones internacionales sin implantación territorial. Este es el origen de algunos organismos que tienen gran peso hasta hoy, como las Naciones Unidas, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Para quienes vivimos a principios del siglo XXI estas instituciones forman parte del paisaje. Pero con excepción de la fracasada Liga de Naciones, nunca antes había existido nada semejante.

Bretton Woods: el nacimiento del Banco Mundial y el FMI

Junto con las preocupaciones políticas, sobre el final de la guerra creció la inquietud por lo que sería el futuro de la economía mundial. Los dirigentes más influyentes de la época tenían temor de volver a un período de depresión e inestabilidad generalizadas como había existido tras el crac financiero internacional del año 29. Ese crac había tenido consecuencias terribles para millones de personas, pero además había favorecido el crecimiento de Hitler.

Entre los economistas existía la fuerte convicción de que las barreras comerciales y el uso de instrumentos económicamente destructivos como las devaluaciones se contaban entre las causas de la guerra. Un orden económico y comercial sano era condición para lograr una paz duradera. Era necesario, por lo tanto, que los gobiernos acordaran las reglas de juego a las que se ajustaría la economía mundial.

En el mes de julio del año 1944, unos 730 delegados de 44 países aliados se reunieron en un gran hotel de Bretton Woods (New Hampshire, Estados Unidos) con el fin de establecer las bases de un nuevo orden financiero y monetario internacional. Por primera vez se discutían a nivel mundial las reglas que regirían los intercambios entre países independientes. Uno de los principales impulsores y protagonistas de la reunión fue el británico John Maynard Keynes.

Luego de tres semanas de intenso trabajo, las delegaciones llegaron a una serie de acuerdos que incluían la creación del Banco Mundial (llamado entonces Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Acuerdo General sobre Comercio y Tarifas (el antiguo GATT, hoy convertido en Organización Mundial de Comercio). También se estableció el dólar como moneda de referencia para las relaciones económicas internacionales, aunque fijando una tasa de cambio que se mantuvo estable durante décadas (35 dólares la onza). Era una manera indirecta de volver al patrón oro.

El propósito inmediato de los acuerdos de Bretton Woods fue apoyar una rápida recuperación económica tras la guerra. El Banco Internacional fue creado con el fin de asistir ese esfuerzo. Pero, luego de asegurar la reconstrucción, había

que conseguir un orden que funcionara de manera estable. Con ese fin se establecía una moneda de referencia, a la que se ajustarían las demás monedas con un margen de flotación del 1 por ciento. La idea era estabilizar las tasas de cambio o, dicho de otro modo, evitar el uso de las devaluaciones como mecanismo para ganar competitividad (un recurso que da resultados a corto plazo pero tiene efectos generales destructivos).

El Fondo Monetario Internacional, que nació sin el apoyo soviético, fue creado para asistir transitoriamente a los países que tuvieran dificultades para ajustarse a las nuevas reglas de juego: la institución ofrecía créditos en condiciones ventajosas, a cambio de no utilizar las devaluaciones como método para resolver problemas de balanza de pagos. (Keynes tenía un proyecto más ambicioso, que implicaba la creación de un banco central a escala mundial, pero no consiguió apoyos suficientes). Finalmente, el GATT fue concebido como un instrumento para desarticular las barreras comerciales mediante la negociación.

Los acuerdos de Bretton Woods tenían una clara inspiración liberal. La convicción de fondo era que la libre circulación de bienes y capitales favorece la prosperidad de las economías nacionales, mientras que las barreras comerciales y el uso defensivo de instrumentos monetarios conducen a la inestabilidad y a la recesión. La preocupación de los participantes era evitar que se repitiera una gran depresión a escala internacional, pero los efectos fueron más extendidos. El conjunto de reglas de juego acordado en aquel verano de 1944 se mantuvo vigente hasta los años setenta.

Las Naciones Unidas

La creación de las Naciones Unidas fue el gran sueño del presidente Roosevelt, pero era un sueño difícil de realizar. Por una parte, hacía falta llegar a acuerdos que pudieran ser suscritos por Estados Unidos, la Unión Soviética y los países europeos. Por otra parte había que convencer a los propios estadounidenses, que décadas antes habían rechazado la Liga de Naciones.

Ya en 1939, Roosevelt había encargado al Departamento de Estado que empezara a diseñar un nuevo sistema internacional a ser instalado después de la guerra. El Departamento de Estado había asignado la tarea a un equipo dirigido por Leo Pasvolsky, un economista nacido en Rusia que fue el creador intelectual del sistema que hoy conocemos. Luego fue necesario iniciar complejas negociaciones para conseguir respaldo internacional. Eso obligó a incorporar ideas como el veto en el Consejo de Seguridad, insistentemente reclamado por el canciller soviético Molotov pero visto con simpatía por los estadounidenses.

Negociando en varias direcciones y realizando concesiones como las que hizo en Yalta, Roosevelt consiguió el apoyo de Gran Bretaña, la Unión Soviética, China y Francia. Paralelamente creó un equipo integrado por el poeta Archibald MacLeish y el abogado Adlai Stevenson, a quienes encargó encontrar el lenguaje y los argumentos que pudieran persuadir a los ciudadanos estadounidenses.

El largo proceso preparatorio estaba llamado a concluir en una gran reunión internacional en la ciudad de San Francisco (Estados Unidos). Allí se buscarían los últimos acuerdos y se aprobarían los documentos fundacionales. Roosevelt le daba tanta importancia a este encuentro que seleccionó personalmente a los miembros de la delegación estadounidense. Además, para asegurar la presencia de representantes de todo el planeta, decidió que Estados Unidos pagaría los costos de organización de la reunión y el desplazamiento de la gran mayoría de los participantes. (Hoy se sabe que, aprovechando su condición de anfitrión, el gobierno estadounidense también intervino los teléfonos de 43 de las 45 delegaciones presentes).

A principios de abril de 1945 todo estaba listo, y los asesores de Roosevelt daban los últimos toques al discurso inaugural. Pero ese discurso nunca se hizo porque Roosevelt murió el día 12, como consecuencia de una crisis cardiaca. Habían pasado menos de dos meses desde Yalta y faltaban apenas dos semanas para la derrota de Hitler. El presidente que había conducido a Estados Unidos durante la guerra no llegó a festejar la victoria.

La muerte de Roosevelt fue un golpe duro, pero no impidió la realización de la conferencia. La primera decisión que tomó Harry Truman como nuevo presidente de Estados Unidos fue confirmar la convocatoria. La reunión contó finalmente con la presencia de 850 delegados provenientes de 45 países. Entre ellos había 5 primeros ministros y 37 ministros de Relaciones Exteriores. La Unión Soviética mandó una delegación de primer nivel, integrada, entre otros,

Traducción traidora



△ Isaiah Berlin

El trabajo de elaboración de la Carta de las Naciones Unidas fue largo y complejo. Hacía falta llegar a un texto que todos consideraran aceptable, redactarlo en varios idiomas y conseguir que todas las versiones dijeran lo mismo. Todo esto en un mundo donde se instalaba un clima de guerra fría, de modo que había espacio para las sospechas y el juego sucio.

A principios de mayo de 1945 llegó a la ciudad de San Francisco uno de los intelectuales convocados para la tarea: era Isaiah Berlin, uno de los pensadores políticos más agudos del siglo XX.

De origen judío, Berlin había nacido en 1909 en Letonia, a orillas del mar Báltico. Cuando la revolución comunista estalló en 1917, su familia se trasladó a Inglaterra. Isaiah llegó con 8 años de edad y vivió allí la mayor parte de su vida. Fue profesor y vicecanciller de la Universidad de Oxford, y llegó a presidir la Academia Británica. Sus libros y reflexiones sobre la libertad marcaron profundamente el pensamiento político de la segunda mitad del pasado siglo. En su madurez fue ennoblecido por la corona.

En 1945, Berlin fue enviado por el Ministerio de Relaciones Exteriores británico (el *Foreign Office*) para incorporarse al equipo que preparaba el texto fundador de las Naciones Unidas. Dado que su lengua materna era el ruso, su misión era controlar la traducción que estaban preparando los soviéticos. Era muy importante que esa versión no tuviera desvíos, porque los principios que allí se establecían serían utilizados para resolver futuros conflictos.

Berlin trabajó varias semanas en San Francisco, junto con su amigo Charles Bohlen (también de origen ruso e intérprete de Roosevelt y Truman). En esos días descubrieron que efectivamente había problemas: los soviéticos parecían estar sirviéndose de las ambigüedades del lenguaje para obtener una redacción que les resultara políticamente favorable. Por ejemplo, en la sección que habla del derecho de un país a pasar sus ejércitos por el territorio de otro para ir en defensa de un estado agredido, los redactores soviéticos utilizaban un verbo que significaba "pasar a través", pero también incluía la idea de quedarse en el lugar todo el tiempo que se juzgara necesario. Los delegados soviéticos primero negaron el punto, pero se quedaron sin argumentos ante el dominio del idioma ruso que tenían Berlin y Bohlen. Entonces alegaron que era demasiado tarde para cambiar el texto: en las escuelas de la Unión Soviética los alumnos lo estaban aprendiendo de memoria. Tampoco este argumento funcionó y finalmente tuvieron que aceptar una modificación. ■

La historia es contada por **Michael Ignatieff** en su célebre biografía de Berlin.



por Molotov y Andrei Gromyko. Había 120 intérpretes disponibles y el personal de secretaría superaba las mil personas. Unos 2.500 periodistas de todo el mundo cubrían el acontecimiento.

La conferencia de San Francisco fue escenario de los primeros enfrentamientos diplomáticos entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Stalin pretendía originalmente que las 16 repúblicas que conformaban la Unión Soviética fueran reconocidas, lo que era interpretado por Estados Unidos como una manera ilegítima de multiplicar su peso político. También fue discutida la admisión de Argentina, debido a lo que se consideraban sus compromisos con el régimen nazi. El veto en el Consejo de Seguridad levantó fuertes resistencias en los países pequeños, pero fue aceptado cuando quedó claro que ni la Unión Soviética ni Estados Unidos participarían de la organización sin esa garantía. Cerca de mil páginas de correcciones y cambios al documento fundacional debieron ser analizadas una por una. La Carta finalmente se juró el 25 de mayo de 1945, en la Ópera de San Francisco.

Un complemento de la Carta fue la Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada en 1948. Esta nueva declaración fue escrita en un clima de rápido deterioro del orden internacional, y fue el último gesto de un mundo todavía consternado por los horrores de la guerra. Fue también un triunfo personal del Eleanor Roosevelt, la viuda del presidente FDR, que jugó un papel esencial durante la reunión en Londres en la que fue aprobada.

La redacción de la declaración fue obra de un equipo compuesto por René Cassin (un abogado francés de origen judío, experto en derecho constitucional), John Humphrey (un profesor de derecho canadiense), Charles Malik (un filósofo libanés de religión griega-ortodoxa) y Peng-chun Chang (un filósofo, poeta y dramaturgo chino). El texto preparado por ellos sufrió una gran cantidad de enmiendas durante el proceso de su aprobación. Finalmente, 23 de los 30 artículos que contiene fueron votados por unanimidad.

Con la declaración de 1948 culminaron los esfuerzos por construir un mundo seguro y en paz, donde prevalecieran el libre comercio y las relaciones pacíficas entre estados independientes. Pero lo que vino enseguida se pareció muy poco a los mejores sueños de Roosevelt. Casi de inmediato se abrió un período de tensiones políticas y de carrera armamentista, incluyendo la competencia por desarrollar arsenales nucleares de inmensa capacidad destructora. La paz del mundo pendió de un hilo y hubo fuertes conflictos armados. Es verdad, sin embargo, que nunca volvió a haber un conflicto internacional tan mortífero como la Segunda Guerra Mundial. ■

Stalin, Roosevelt, Churchill

[...] Pese a las advertencias de Churchill y de varios de sus colaboradores, Roosevelt demoró en ver a Stalin como una amenaza. Le preocupaba más el retorno del Imperio Británico que un eventual expansionismo soviético.

Churchill inició su labor como primer ministro diciendo que no había asumido para presidir la disolución del Imperio Británico. Pero ya a comienzos de la guerra supo que el precio que Gran Bretaña debía pagar para derrotar a Hitler era perder sus dominios. Desde entonces modificó constantemente sus estrategias con el objetivo de minimizar los daños.

Cuando Alemania invadió la Unión Soviética, Churchill creyó que el Ejército Rojo no tardaría en derrumbarse y se concentró en conseguir que Estados Unidos entrara en la guerra. Pero cuando el avance alemán fue detenido por el invierno y la dura resistencia soviética, Churchill cambió su visión y apostó a que ambos países quedaran enredados en una lucha que le diera tiempo a Gran Bretaña para aumentar su fuerza. Finalmente, cuando la Unión Soviética consiguió pasar a la ofensiva, Churchill fue el primero en comprender que había nacido una nueva potencia militar con pretensiones expansionistas. Entonces intentó convencer a Roosevelt de abrir un frente en los Balcanes, para evitar que las tropas soviéticas penetraran demasiado en Europa. Pero fracasó en ese intento, como también fracasó en su esfuerzo por convencer a los estadounidenses de que no dieran una ayuda militar excesiva a los soviéticos.

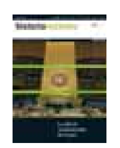


△ Stalin, Roosevelt y Churchill.

Roosevelt mantuvo dos expectativas durante toda la guerra. La primera era que el conflicto terminara con los imperios europeos, y que las colonias de África y Asia se convirtieran en estados independientes dedicados al libre comercio. La segunda era crear un orden jurídico internacional que Estados Unidos administraría junto con los soviéticos. Pese a las advertencias de Churchill y de varios de sus colaboradores, Roosevelt demoró en ver a Stalin como una amenaza. Le preocupaba más el retorno del Imperio Británico que un eventual expansionismo soviético. Por las memorias de su hijo, Elliott, sabemos que Roosevelt ignoró las advertencias de Churchill porque pensaba que reflejaban los deseos de un aristócrata trasnochado. Por eso decidió abrir un frente de operaciones en Francia (como pedía Stalin) y rechazar la propuesta de atacar en los Balcanes. Desde 1943, Roosevelt intentó persistentemente entrevistarse con Stalin y se mostró dispuesto a hacer concesiones. De acuerdo a la versión de Elliott, Roosevelt simpatizó con Stalin y pensó casi hasta el final que podía confiar en él.

Sobre Stalin solo hay preguntas y conjeturas. Fuentes soviéticas confirmaron en los últimos años que la invasión alemana lo tomó por sorpresa y le produjo un quiebre emocional. Pero cuando el Ejército Rojo empezó a tener éxito, Stalin se afirmó y empezó a reclamar zonas de influencia. Esos reclamos fueron en aumento a medida que el Ejército Rojo ocupaba regiones cada vez más vastas. Churchill se oponía a ellos, pero Roosevelt prefirió ceder a cambio de que Stalin firmara la Carta del Atlántico. El líder soviético lo hizo, pero muy pronto ignoró los términos del tratado y procedió a instalar gobiernos títeres. ¿Tuvo Stalin desde el principio la estrategia de extender su influencia mediante la creación de estados satélite? Algunos piensan que todo estuvo planificado con anticipación. Otros, como el influyente historiador Golo Mann (hijo del célebre escritor Thomas Mann), creen que Stalin se limitaba a seguir su instinto. La apertura parcial de los archivos secretos que siguió al derrumbe de la Unión Soviética no proporcionó hasta hoy datos que permitan aclarar el punto. ■

historiareciente



02/25

Una serie de 25 fascículos publicada por el diario El País con el apoyo del **Centro de Estudios Jean-François Revel**.

Dirección de proyecto
Pablo da Silveira

Investigación y redacción
Pablo da Silveira
Francisco Faig
Félix Luna
Enrique Mena Segarra
Martín Peixoto

Asistente
Andrés Capretti

Fotografías
Archivo de El País

Diseño gráfico, armado y corrección
Trocadero

Publicación
El País

Impreso en El País
Depósito legal: 334.251







BIBLIOGRAFÍA

Ambrose, Stephen: *Eisenhower: soldado y presidente.* Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1993.

Brinkley, Douglas & Haskew, Michael: *The World War II. Desk Reference.* Nueva York, HarperCollins, 2004.

Dallas, Gregor: 1945: *The War That Never Ended*. New Haven, Conn., Yale University Press, 2005.

Dippel, Horst: *Geschichte der USA.* Munich, C.H. Beck (Wissen), 2005.

Glendon, Mary Ann: *A World Made New.* Eleanor Roosevelt and the Univesal Declaration of Human Rights. Nueva York, Random House, 2002.

Hobsbawm, Eric: *Historia del Siglo XX.* Barcelona, 1995.

Ignatieff, Michael: *Isaiah Berlin. A Life.* Nueva York, Metropolitan Books, 1998.

Laqueur, Walter: *Europe in Our Time. A History 1945-1992.* Nueva York, Penguin, 1992.

Links, Robin & Talbott, John: *Europe, 1945 to the Present.* Nueva York, Oxford University Press, 2005.

Mann, Golo: *Neunzehnhundertfünfundvie rzig, Propyläen Weltgeschichte*, Band 9, Das zwanzigste Jahrhundert, Ullstein - Propyläen Verlag, Frankfurt/Main - Berlín, 1991.

McCullough, David: *Truman*. Nueva York, Simon & Schuster, 1992.

Moynahan, Brian: *Das Jahrhundert Englands.* Munich, Orbis, 2002.

Schlesinger, Stephen: *Act of Creation. The Founding of the United Nations.* Nueva York, Westview, 2003.

Stöver, Bernd: *Der Kalte Krieg.* Munich, C.H. Beck (Wissen), 2003.

Urquhart, Brian: *Mrs. Roosevelt´s Revolution.* The New York Review of Books XLVIII/7. (Abril 2001) 32-34. ■